

con qué empezar., A lo que replicó Eusebia con impávida resolución: "No hemos de morir por eso, José. Desentendámonos de don Gaytán, y escribamos mañana mismo al señor de Bálamo., Esta palabra, este *Bálamo*, fué el golpe ó manotazo que acabó de descorrer el velo. Gil vió su interior inundado de luz, y se dijo: "Ya estoy en mí, en el mí de ayer. Soy don Carlos de Tarsis.,"

VII

De la venida de don Gaytán de Sepúlveda, con otros inauditos sucesos, que verá el que leyere.

Al siguiente jueves (que lo narrado fué un martes), llegó á la delantera de la casucha un hidalgo viejo montado en una yegua pía. Era don Gaytán de Sepúlveda, á quien la gente del país designaba con la forma arcáica de su nombre de pila, sin duda por ser él un viviente arcaísmo. Andaba don Cayetano de Sepúlveda al ras de los setenta años, y se mantenía terne y activo de todos sus órganos, excepto de la vista, por lo que usaba gafas muy fuertes de présbita, montadas en concha y con vidrios laterales. Su rostro afilado más parecía de dómíne que de lo que era, un ricachón de quien se decía que traspalaba las onzas; mas como ya no hay onzas, debía decirse que apilaba los fajos de billetes de Banco. Llevaba un som-

brero negro, achambergado, y un capote de barragán que no soltaba hasta el cuarenta de Mayo, ó más. Era terrateniente, fuerte ganadero y monopolizador de lanas, banquero rural, y de añadidura cacique ó compinche de los cacicones del distrito; hombre, en fin, que á todo el mundo, á Dios inclusive, llamaba de tú...

Acudió Gil á tenerle el estribo, al punto que salían á recibirle José y Eusebia, ambos con sonrisa de conejo, que es mixtura de risa y temor. Pasaron el visitante y sus amigos á la cocina. La plática fué breve, pues don Gaytán era hombre que ahorraba la saliva tanto como el dinero, y excesivamente modesto en todo, había suprimido el lujo de las vagas conversaciones. Después de darse y tomarse varias explicaciones, don Gaytán sacó un papelejo escrito y dijo á Caminero: "Amigo, ahorremos palabras. Firmame esto, y se acabaron tus afa-nes. Y para redondear la cifra, que no me gustan picos, ya lo sabes, toma estas trescientas veinticinco pesetas. Ea, ya estás salvado por hoy... Mañana, Dios, que á los buenos no abandona, acabará de sacarte el pie del lodo...,"

Firmó José, que por hallarse con el agua al cuello no veía nada más allá del momento presente. Mirándole trazar la embrollada rúbrica, don Gaytán masculló esta frase: "Y ya no tienes para qué escribirle á Bálamo, que ya sabes que soy su poderhabiente para todo. Ya le diré yo que has pagado. Descansa, hijo, y ve tirando, que el que tira llega, y el que cae se levanta.,"

Tanto José como Eusebia tuvieron que mos-

trarse agradecidos, porque si bien el viejo zorro les hipotecaba el mañana con el aumento de una deuda ya muy crecida, habíales quitado del pescuezo la cuerda que les ahogaba. Invítóle el ama á remojar el gazzate con vinillo blanco, del que siempre tenía corta provisión para casos como el que aquel día se presentaba. Aceptó el viejo con gusto, y mientras se relamía entre sorbo y sorbo, sacó súbitamente de la memoria un asunto de interés que se le había olvidado. "Ya decía yo—exclamó—que algo se me trascordaba. Es que quiero pedir un favor. Tenéis aquí un jayán que vale por dos; ese Gil, de quien decíais que es una bestia para el trabajo y un ángel por la fidelidad. Como ahora, José, tu primer cuidado debe ser meterte en las economías, cédeme ese chicarrón, que á mí me hará buena obra, ya sea en Tagarabuena, donde no falta labor, ya en Micereses de Suso, donde tengo la cabaña. Tú le trataste de agostero, y lleva mes y medio contigo. Págale cuatro duros, que es lo que por hoy le debes, y yo me cargo con lo restante hasta San Agustín ó más, que según lo que él vale por su estampa y alzada, así como por su buen natural, pienso que lo tomaré para el año entero., Rascándose la mollera, por lo duro que se le hacía ceder tan buen criado, Caminero dijo á su mujer: "¿Qué te parece, *Usebia*?", Y *Usebia*, haciéndose cargo de que no podían dar un no al ricacho camandulero, se violentó terriblemente para contestar: "Por mí, que se lo lleve., Y al punto salió á la puerta de la casa para echar fuera un gran suspiro, que se levantó como tempestad dentro de su pecho.

Ajustada la cesión del esclavo, don Gaytán quiso antes de marcharse dar un golpe de vista á las tierras de Tordehita. Como José había de ir á Nafria y Gil al molino, Eusebia tuvo que acompañar al maldito vejestorio, y lo hizo muy á contrapelo por la gran ojeriza que le había tomado. Al volver de la visita campestre, que fué muy del gusto del hidalgo, éste bromeó con Eusebia, recordándole el feliz tiempo en que la tuvo de servicio en su casa de Tagarabuena, siendo ella mocita. En tales añoranzas, paróse el viejo; palpó con atrevida mano las mejillas y papada de la rústica jamona de buen ver, y con risilla desdentada soltó estos cínicos piropos: "No pasan años, *Usebilla*, y aún estás muy lozana, y como quien dice, tentadora de un santo. Si quieres que holguemos un ratico, me hallarás en Nafria de hoy en ocho.

—¡Oxte, que pico... Oxte, que restrego, señor! Déjeme quieta.

—Respingona, párate un poco. Es un proponer. A Nafria puedes ir con el pretexto de llevarme unos pollos... que en buena ley nada harías de más, Eusebia, por el favor que habéis recibido de mí. Ea, no cocees, hija, que se te corre la albarda. Ten entendido que no estoy viejo ni cansado más que de la vista... Tú piénsalo, que de pensar las cosas nada se pierde.,

Aceleró Eusebia el paso para zafarse de tal impertinencia, y volvieron á la casa, donde don Gaytán montó en su yegua y se fué bendito de Dios. Quedó concertado que Gil se reuniría con su nuevo señor en Nafria, entrada

de la sierra, para seguir luego juntos hacia Tagarabuena... La despedida del mozo fué harto triste, porque él había tomado ley á sus amos, y éstos le querían, el ama con cariño más hondo y con mayor pena de la despedida, por ser pena y cariño disimulados.

Hallándose Gil en el obscuro establo dando á las vacas el último pienso que de sus manos habían de recibir, llegóse á él Eusebia con el propósito manifiesto de llevarle su ropa bien arregladita y el oculto de darle los íntimos adioses. Lo primero fué entregarle, para merienda en el camino, dos huevos asados en la ceniza, escogidos entre los más gordos; un cuarterón de pan, y sobre ello estas tiernas palabras: "Dos penas tuve contigo: la de no poder quererte á cara levantada, y la de ofender á mi marido, que es un santo. Santo él y yo pecadora, ahora viene el que te nos vayas, dejándonos á José y á mí muy desconsolados: á él, porque te quería para mulo de trabajo; á mí, porque te quiero para animal de mi gusto... Adiós, mi pino de oro; adiós, mi barragán florido..."

Al decirlo, echábale Eusebia los brazos y acariciaba los graciosos rizos que ornaban la frente de Gil... Este correspondió á las ternezas del ama, que maldiciendo la ausencia no quería dar por finiquitos sus criminales amores, y así le dijo: "Si te deja en Tagarabuena ese perro de don Gaytán, irás alguna vez al mercado de Pedralba, y allí nos encontraremos y podremos venir juntos hasta la espesura de los castaños de Algodre, donde loqueábamos sin que nos viera nadie: sólo Dios nos veía... y la

burra y el Moro., Gil asentía galanamente á todo, y ella, soltando y secando lágrimas, le despidió con las postreras ternuras: "Adiós, hijo. Dios te guíe, la Virgen te acompañe y á los dos nos perdone. Tras de tí se me quiere ir el alma. ¡Ay! aquí me quedo penando por no verte y por la perrada que hago á mi José, que cuando el cuco canta él se rasca la cabeza... Adiós mil veces, pedazo de gloria, estrella de tu ama..."

Partió Gil atristado, mas con espera de mejor acomodo; que en él renacían vagas ambiciones. Y nunca fué más verdadero el viejo refrán *Más mal hay en el aldegüela del que se suena*, porque en la vecindad de la *Usebia*, y en todo el lugar, corría el vientecillo de que despedían al mozo por barraganía, y que cuando José Caminero salía al campo, los pájaros, cantando el cucú, le decían su mal... Llegó Gil á Nafría (*), donde pasó la noche: allí tenía don Gaytán un hato de doscientas cabezas. El nuevo amo partió de mañana, llevando consigo á Gil en un caballejo *ropero*, y al paso llegaron á Tagarabuena y de allí á Micereses, que es el cruce de la cañada real de Burgos con otros caminos pastoriles por donde los ganados subían á la sierra. El lugar y todo su contorno embelesaron á Gil; que si como tal Gil había visto poco mundo, como Tarsis refrescaba en su memoria las viajatas por Europa, y nada de lo que en ellas gozó igualaba

(*) Los nombres de senderos y lugares, absolutamente castizos, se emplean aquí con criterio convencional, prescindiendo del rigor geográfico.

en belleza á lo que miraba entonces. Bien es verdad que según se vean las cosas, así toman mayor ó menor relieve en nuestro espíritu. No es lo mismo admirar la naturaleza desde la ventanilla de un tren ó desde la terraza de un hotel, que contemplar un trozo de laderas y monte con absoluta libertad de espíritu, sintiéndose el espectador tan bravío y salvaje como lo que contempla, y siendo, en verdad, parte ó complemento del paisaje, sér de su sér, pincelada de su pintura, rima y cadencia de su poesía.

Los vellones de niebla que se desgarraban al calentar del sol, iban descubriendo las altas rocas y las mansas colinas, con un juego caprichoso que demostraba el bello desorden y las armónicas irregularidades de la Naturaleza. Por momentos se despejaban las cimas antes que los bajos; por momentos se iluminaba lo próximo mientras se encapuchaban los oteros lejanos. Cuando todo quedó desnudo de vapores, se vió brillar el verde húmedo de las diferentes matas y del intrincado follaje arbóreo que matizaba las pendientes, dejando calvas aquí y allí, ó escondiendo el cauce torcido de los regatos que bulliciosos bajaban rezongando entre piedras. Tal era Micereses de Arriba, desde donde Gil veía extenderse hasta lo infinito la llanada de Castilla, inmenso blasón con cuarteles verdes franjeados de bordadura parda, cuarteles de oro con losanges de gules, que eran el rojo de las amapolas. En medio de este campo iluminado de tan nobles colores, aparecían desperdigados en la lejanía pueblillos de aspecto terroso con altas y puntiagu-

das torres, como velas de fantásticos bajeles que navegaban hacia el horizonte.

Comió Gil con los pastores en medio del campo, donde sesteaban otras doscientas ó más ovejas, parte pequeña de la riqueza pecuaria de don Gaytán. Con fraternal confianza se sentaron todos en el santo suelo musgoso, formando rueda en torno del cazolón, y con cucharas de palo despacharon el condumio, que por la sazón del aire serrano y del bárbaro apetito, á todos supo á gloria. Luego trincaron, pasándose de uno en otro á la redonda un voluminoso zaque, y á todos les quedó el dejo de una pueril alegría. Y á medida que se aclaraba en el alma de Gil la conciencia de su anterior naturaleza, crecía su gusto de la vida villana, y en ésta, más que la ocupación labradora, le agradaba la pastoril, por gozar en ella de absoluta independencia de espíritu.

Al rabadán del hato que allí pastaba conoció Gil en Aldehuela. Sin más que el breve trato y yantar en Micereses de Suso, quedaron muy amigos. Llamábanle Sancho, y era un hombrachón como un castillo, de condición leal y ruda cortesía. Todo fué satisfactorio para Gil-Tarsis en aquel día risueño, porque el amo destinó á Sancho á la mayoralía de otro rebaño más copioso que no tardaría en venir por la Cañada Real á Micereses de Abajo, y con él iría Gil en calidad de zagal de segunda. Al atardecer partieron ambos á pie, y por el camino Sancho iba instruyendo al mozo de sus obligaciones, y dándole una ilustrada conferencia sobre el ordenamiento de los grandes rebaños, que vienen á ser como ejércitos, con

su general en jefe, al que obedecen los pastores que rigen los distintos cuerpos ó masas ovejunas, con su impedimenta de vituallas y ropa, su vigilancia y guardería de perros, y su arte de campaña para ir por el camino más corto á los prados más succulentos.

Al amanecer de un claro día, hallándose Gil con su amigo en un sitio llamado la Cuernanava, por donde pasa el ancho camino pastoril, vió venir el rebaño grande de Gaytán, ó de los Gaytanés (que era cofradía de hijo y padre), el cual desde lejos se anunciaba por el grave son de los zumbos. Delante venía el mayoral con las manos colgadas del palo que sobre los hombros traía, y á un lado marchaban dos enormes carneros barbudos y bien cornados, de cuyos pescuezos pendían los cencerros ó campanos zumbantes. Seguía la grey apiñada, balanceando y apretándose unas reses con otras, como friolentas, pues ya dejado habían la riqueza de sus lanas en los esquileos de Santo Tomé de Nieva. Como un tercio de ellas eran merinas, las demás manchegas. Avanzaban poco, porque en los bordes de la cañada y en la cañada misma encontraban qué comer. Los pastores y zagales acudían á las que salían de filas, trayéndolas con voces y amenaza de palos al apiñado conjunto que ondulaba marchando. Arreciaban los balidos; repicaban los cencerros con belénica armonía rústica de nacimiento del Niño Dios. Los perros diligentes corrían por los flancos de la comunidad restableciendo el orden y trayendo á filas, con ladridos y achuchones, á las ovejas desmandadas. En el centro del lanoso cotarro andante, se destacaba el

caballo *ropero* cargado de morrales, en que traían el repuesto de aceite, vinagre y sal, que llaman *cundido*, el corto dinero para sus gastos, las sartenes y cazolones para sus comidas. Era un animal selvático y paciente, todo crinoso y peludo, contento de su suerte y servidor fiel de la cuadrilla, hombres y cuatropea.

Llegó la grey á un sitio llamado Sesmo de Trogeda, donde se cruzan la Real de Burgos con la Real de Soria; tomó por una chaparrada, después entró en el concejo de San Bartolomé del Querque, siguieron por la Hoya de Horcajada; de la Cañada Real pasaron á un camino transversal, que en lenguaje mesteño se llama *cordel*, y por él llegaron á Micereses de Yuso, donde pararon ya bien entrado el día. Allí tenían pasto abundante las ovejas, y los hombres descanso, conversación y un vislumbre de esparcimiento social.

Hízose allí el cambio de personal, quedando Sancho de generalísimo, con Gil á sus inmediatas órdenes, y después de mediodía siguieron su camino por el Mojón de los Enebrillos, y por un largo y yermo campo, llamado Ilo-luengo, llegaron al sitio en que habían de pasar la noche, que era un otero verdegueante, salpicado de peñas, al que llamaban *descansadero*, sitio de abrigo y amenidad. Se hizo alto á prima noche, á punto que salía la luna, redonda y amarilla, dando al cielo gala, y á la tierra dulce y templada claridad.

Cenando las sabrosas migas, Sancho prosiguió la información que de la vida pastoril venía dando á su compañero. "Este oficio—le dijo—es el más holgado y menos enfermizo que

conocen los hombres, y con ser tan antiguo como el roncar, no se ha encontrado cosa más arimada á lo natural que esta vida nuestra. Probes semos hogafío, tan probes como cuando adoramos al Niño Dios en el Portal de Belén. Pero la probeza es nuestra honra y nuestra paz. La misma sopa y las mismas migas que comíamos entonces comemos ahora, y la mismísima licencia de los amos tenemos para comernos la oveja perniquebrada, y alguna sobrerera que en días de recio queramos matar... Desventajas tiene el oficio por un lado, y es que viva separadico de su mujer el pastor que la tenga, y que á todos nos falte calor y trato de hembra; pero, si bien lo miras, es por otro lado ventaja que estemos libres del quebradero que trae la vida con la mujer en casa, y del sobresalto de tener que cuidar de ella. Mejor es que Dios tome sobre sí ese cuidado, y nosotros vivamos en descanso, fiados en que la honra de ellas está á cargo de la Santísima Virgen y del Santo Angel de la Guarda.,

Todo esto le pareció muy bien á Gil, el cual estuvo de acuerdo con su jefe en que la ausencia y privación de mujer no había de ser absoluta, porque alguna vez entraban y se detenían en poblado. En lugares y villas ó en sus aledaños, milagro había de ser que no les salieran haldas á que agarrarse. Y á esto dijo Sancho con humor sentencioso y castizo: "Con lobos y con mujeres — toparás más que quisieres.,"

Dentro de una gran rastrojera, cercada de piedra y que á los Gaytanes pertenecía, se acomodó el ganado. Algunos pastores se guare-

cieron en el chozo que en el extremo más elevado del cerco había. El ambiente era tibio y sereno. Gil, que gustaba de tumbarse al aire libre en noches plácidas de verano bajo un cielo esplendoroso, eligió para su descanso un lugar blando de hierba ya seca, al amparo de una peña que lo guardaba del Norte. Al rato de mirar al firmamento, echó la boína sobre sus ojos, y pensando que pensaba, lo que hizo fué dormirse... A una hora que le pareció la del alba por la claridad que vió en la faja de Oriente, despertó el zagalón sobrecogido, como si alguien le llamara. A un tiempo creyó sentir un golpecito en su cuello y una voz que le nombraba. Pero á su lado no había nadie. Despabilado y en pie, persistió la ilusión de la voz... Gil volvió sus miradas de nuevo hacia el resplandor creciente de la aurora.

Hacia aquella parte subía el terreno por escalones naturales de césped y de rocas bajas, y como á las diez varas de suave subida se veían enormes piedras de extraña forma, que más parecían estar allí por colocación que por natural asiento. Unas había que semejaban deformes cuadrúpedos, otras osamentas de monstruosos animales de fauna desconocida. No faltaba cierta simetría en la erección de estos bultos de piedra sobre un suelo plano. Al fondo de aquel ingente propileo, vió Gil dos colosales monolitos plantados como columnas, y sosteniendo sobre sus cabeceras otro témpano horizontal. Pasando bajo aquel pórtico, vió una rampa, en la cual aglomeraciones musgosas parecían vestigios de una escalera. Subió el pastor hasta llegar á un túmulo, que también po-

día ser trono, y en éste... ¡Ay! si no le engañaban sus ojos, si no era un durmiente que se paseaba por los espacios del ensueño, lo que vió era una mujer, una señora sentada en aquel escabel, y la maravilla de tal visión fué completada con otra maravilla de la Naturaleza. Precipitó el sol su salida, y sus rayos se esparcieron por el cielo en deslumbrador semicírculo y en disposición tan peregrina, que parecían salir de la cabeza de la señora, ó que ésta coincidía propiamente con el padre sol.

Del estupor y sobresalto que embargaron el ánimo del pobre Gil, cayó éste de rodillas, casi tocando la orla del vestido de la dama, y próximo á ella pudo advertir que se hallaba en presencia de la matrona que vió en la noche de su encantamento, escoltada por las ninfas ó amazonas galanas que danzaban con claqueteo de crótalos, y que á él le zarandearon de lo lindo... Reconoció la faz de augusta nobleza, los cabellos blancos, la severa vestimenta, la mirada benigna, el sonreír afable... Sintió Gil renovado el miedo intensísimo de aquella hora fatídica del encanto, y no sabía sacar de su oprimido pecho palabra alguna. La dama entonces, sin énfasis de teatro, sin tonillo de aparición fantástica, antes bien con el llano y gentil lenguaje que emplear podría cualquier señora viva de la más ilustre clase social, le dijo: "Sosiéguese el buen Tarsis, y no se asuste de mi presencia, ni vea en ella un caso sobrenatural para regocijo de niños y pastores inocentes... Yo soy quien soy; mi reino no es el cielo, sino la tierra, y mis hijos no son ángeles, sino hombres." Oyendo estas palabras, Gil se fué recobrando

de su pavora. A una señal cariñosa de la dama se puso en pie, y otra señal, maternalmente imperativa, le indujo á sentarse en un pedrusco frontero al que la prodigiosa figura ocupaba. Con nuevos alientos, pudo sacar de su pecho estas graves expresiones: "Señora, la gloriosa majestad que en tu semblante y modos se manifiesta, me dice que eres reina, divinidad, espíritu que por su propia virtud se hace visible."

Y ella dijo: "Reina es poco, divinidad es demasiado; espíritu y materia soy, madre de gentes y tronco de una de las más excelsas familias humanas. Adórame si vivo en tu sentimiento; pero no me rebajes á la condición de imagen erigida en altares idolátricos."

Se adelantó Gil con piadosa efusión á besarle la mano, y ella, requiriendo la del pastor como apoyo para levantarse, dijo así:

"Vieja soy, hijo mío; pero mi ancianidad no es más que la expresión visible de mi luenga vida. Debajo de estas canas llevo escondida mi juventud para cuando sea de mi gusto mostrarla. Vivo en todos y en cada uno de los dominios que poseo. Si hoy me has visto en este triste collado, es porque aquí suelo venir atraída de fuertes querencias atávicas. Yo también he tenido infancia. Estas piedras adustas me vieron mozueta, más bien niña, ofrendando á dioses que ya se fueron para no volver. Soy más vieja que las lenguas, más vieja que las religiones, y he visto pasar pueblos como pasan tus ovejas por mis cañadas seculares... Pero ya es hora de que me dejes y te incorpores á tu rebaño, que ya está el buen Sancho disponien-

do la marcha. Vuelve á tu majada, hijo mío, y si deseas verme y hablarme con descanso, yo deseo lo propio, ya que estás encantadito para bien tuyo y mío, como te diré... Andaréis todo este día y parte de la noche, hasta llegar á beber en aguas de mi Duero. Pasando el río por mi San Esteban de Gormaz, seguiréis por el camino que va de este pueblo á mi querida ciudad de *Hotzema*, que ahora llamáis Osma. En un punto, que yo escogeré, de ese largo camino me hallarás... Adiós, Tarsis. No te entretengas; Sancho te busca: vais á partir. En el chozo tienes tu desayuno, pan con torreznos. No dejes de tomarlo (*con elegante humorismo*), ni por hablar conmigo creas que eres sólo espíritu. Hay que comer, hijo. Yo también como. (*Mostrando un pan celtíbero de centeno y miel.*) Adiós, hijo. Tu Madre no te olvida..

VIII

Prodigiosa y familiar conversación que tuvieron el caballero y la Madre desconocida.

Descendió Gil de aquel foro salvaje, y apenas llegó junto á Sancho, éste le dijo que había hecho mal en andar por entre aquellos erguidos pedruscos, donde moraban duendes ó endriagos. "Esos peñascones que ves fueron altares, no de moros, como algunos creen, sino de

otras plebes que antes de ellos vinieron á España.

—¿Fenicios... cartagineses?

—No... Otro nombre tenían de más antigüedad, que no se me acuerda. Lo que ves es el *despiazó* de las iglesias que aquí tenían, y que eran gentiles, ó de un sacerdocio que comulgaba comiéndose carneros crudos... En los recovecos de las peñas quedan diablos que fueron de aquella *seta*, y yo te aseguro por mi fe que ví á dos ó tres de ellos una noche que me dió la mala idea de subirme allí á dormir. Son cuatropea, al modo de micos grandes; la cabeza tienen de cabrón, rabo corto y empinado, y los ojos como ascuas de fuego azul tirando á verde..

Rocogieron los pastores sus bártulos, y el ganado se puso en marcha. Todo el día anduvieron por lugares cuyos nombres oía Gil por primera vez. Recorriendo cañadas y cordeles pernoctaron en un corralón que no era ya de los Gaytanés, sino de otra familia llamada los *Gaitines*; pasaron una puente jorobada de cinco ojos, y ¡hala, hala!... fueron á dormir al amparo de una villa no pequeña, toda de color barroso, de pobre y desordenado caserío. No había casa que no pareciese refida con la inmediata, ni calle que no estuviera enemistada con los pies de los transeuntes, pues todo era guijarros, hoyos, charcos y montones de basura y escombros.

Tempranito fué Gil á echar un vistazo al pueblo; vió huertos de lino en flor, plantíos de alcacer, y al embocar en una plazoleta de estrambótica irregularidad, abierta á las eras

por uno de sus lados, vió una puerta románica muy bella y toda desmochada en su gracioso adorno, como si hubiera estado rodando durante siglos por un despeñadero. Era puerta de iglesia humilde, y por ella salían mendigos de cuyos hombros colgaban jironadas anguarinas ó capas pardas, cojos, tullidos, leñañosos; salían mujeres, viejas las más, alguna joven y bonita, con sus pañuelos ó las sayas en la cabeza. Paróse Gil á mirar á las que le parecieron guapas, que de esta curiosidad ingénita y examen de bellezas no le curara ningún encantamento, y estando en ello vió que salía también por la vetusta puerta la señora de los albos cabellos, la del aire augusto, la de extremada belleza madura, la Madre, en fin, que se le apareció en el bárbaro santuario céltico.

Vestía la dama la misma túnica severa, sin más novedad que un velo negro echado desde el cabello á la espalda; traía en una de sus manos un rosario menudo liado en los dedos. Dirigióse á él con semblante afable, diciéndole: "Ya sabía que estabas aquí... Vámonos á esta otra parte y podremos hablar."

Maravillado quedó Tarsis de la sencillez y del tono familiar con que la señora le acogía, y ella con noble gracejo le dijo: "Ya ves cómo puedo hacer mi aparición sin ningún aparato, ni comparsería, ni rayos de sol..." Luego, con paso tranquilo, se internaron en angosta calleja rematada en un arco, por el cual salieron á un campillo donde había corpulentos álamos y una fuente sin agua, flanqueada de bancos de piedra. En uno de éstos sentáronse la bue-

na Madre y el pastor Gil, y á su gusto y comodidad platicaron. Discurrían por allí raros transeuntes que saludaban sin manifestar extrañeza ni asombro ante las dos figuras. Veían á la Madre como á persona familiar de todos conocida... Lo que hablaron fué como sigue:

TARSIS.—En cuanto me hice cargo de mi encantamento, días há, señora y Madre, comprendí que éste no era por daño mío, sino al modo de enseñanza ó castigo por mis enormes desaciertos.

LA MADRE.—Así es. Se te ata corto á la vida, para que adquieras el cabal conocimiento de ella y sepas con qué fatigas angustiosas se crea la riqueza que derrocháis en los ocios de la Corte. Verdades hay clarísimas, que vosotros, los caballeres ricos, no aprendéis hasta que esas verdades os duelen, hasta que se vuelven contra vosotros los hierros con que afligís á los pobres esclavos, labradores de la tierra, que es como decir artífices de vuestra comodidad, de vuestros placeres y caprichos. ¿Qué tal, Tarsis amigo? ¿Te has divertido sudando la gota gorda sobre el surco? Es un deporte lindísimo. ¿Verdad que no hay juguete como el arado? ¡Pobrecillo! ¿No sabías que echabas los bofes sobre tus tierras de Tordehita y Tordelepe? Digo mal, porque ya no son tuyas: son de Bálamo y Gaytán, mitad por mitad... Mientras esos te van desplumando, tú continuarás en estas galeras, rema que te rema, y caerán sobre tí mayores humilla-

ciones y trabajos... Todo lo mereces, Tarsis, y porque mucho te estimo, he de llevar hasta el fin la obra justiciera de tu escarmiento. Pensando sólo en tí mismo y ávido de goces, no has tenido consideración de tus pobres esclavos. Te pedían rebaja de la renta, y ordenabas á Bálamo que la aumentase; creías que hay dos humanidades, el señorío y la servidumbre, y en el primero te ponías tú, y decretabas el abandono impío de los infelices que, derrengándose como animales de carga, labraban tu bienestar. Cuando te faltaba dinero, ó lo obtenías de la usura, tu lenguaje era un chorro de pesimismo repugnante. Maldecías de todo y á mí me escarneabas, sosteniendo que nada hay en mí que valga un ardite: ni ciencia, ni artes, ni negocios, ni trabajo, ni literatura.

TARSIS. (Humildísimo.)—Es verdad, Madre, que tal pensaba y decía. Perdóname. Tu indulgencia no me faltará, pues bien sabes que el español mimado y sin dinero es peor que un perro hidrófobo... No me disculpo, ni atenúo mi falta... Sólo me permito decirte, con todo respeto, que soy y he sido malo; pero no el peor. Españoles hay que merecen más duro encantamiento, Madre querida.

LA MADRE.—Ya, ya... Los hay peores, hijo mío, y á esos aplico con rigor más grande el poder que me ha dado Dios. Y no creas que mi ejemplaridad consiste en *volver la tortilla*, como dice el vulgo, haciendo á los ricos pobres y á los pobres ricos: no. Eso

sería trocar los términos de desigualdad, agravando la injusticia y aumentando la confusión. Verás lo que hace tu Madre. A los que cruelmente, ávidamente, sin trabajo propio, apurando la máquina muscular de siervos embrutecidos, sacan del suelo el mineral y fácilmente lo convierten en plata y oro, les llevo á una profunda y negra galería, y allí les tengo con su picachón en la mano todo el tiempo que se me antoja, arrancando carbón, hierro ú otra rica materia, y cargando las vagones. A los ricos avarientos que sin esfuerzo, sentaditos en sus escritorios, hinchan hasta lo absurdo sus capitales, les condeño á mozos de cuerda para que me lleven bultos y baúles á las estaciones. Políticos de esos que rigen grupos ó partidos, irán por una temporada á sudar el quilo en bajos oficios de carteros ó peatones; y haré una leva de oradores para llevarlos á desempeñar curatos de pueblo, con obligación de predicar en la misa dominical y en todas las novenas...

TARSIS. (Alegre, movido á hilaridad.)—Madre, por respeto á tu excelsa persona no suelto la risa. Cuanto has dicho es digno de tu nativo ingenio picaresco. No serías quien eres si no pusieras el donaire aun en tus obras de justicia. Dime, y perdona mi curiosidad: ¿alguna ó algunas damas principales no recibirán tu lección severa?

LA MADRE.—¡Oh, sí, hijo mío! No serán una ni dos las que vayan á estas galerías correctoras, ya que no redentoras. Pero no

debo seguir confiándote mis planes, ni tú debes pedirme más noticias de encantos, como no sean del tuyo.

TARSIS.—Pues si para lo del mío me das licencia, déjame que te pida esclarecimiento del asombroso aparato con que fui traído del estado noble al estado villano. No puedo olvidar la casa de Becerro, perfecta decoración de nigromante; no puedo olvidar la imagen de mi hermosa Cintia, con quien hablé de un lado á otro del espejo. Pero todo esto fué juego de niños si lo comparo con el estrépito de cataclismo, que mudó la decoración de sala telarañosa en selva magnífica iluminada por una ó varias lunas. ¿De qué abismos espirituales vino el maravilloso coro de ninfas morenas, algo hombrunas, de fornidas piernas, torneados brazos y rostros helénicos, que al compás de los crótalos danzaban en dos hileras, por entre las cuales pasaste tú y te ví por vez primera en todo el esplendor de tu soberana majestad? ¿Por ventura, es de rigor que al pobre encantado le zarandeen, como hicieron conmigo aquellas hermosas brutas, arrojándome después á una barranquera, por la que fui rodando hasta dar con mis pobres huesos en la Aldehuela?

LA MADRE.—No, hijo: tu transfiguración se hizo en formas extraordinarias y con un poquito de bambolla teatral, por lo que te diré...

TARSIS. (Alarmado, oyendo rumor cercano de zumbos.)
—¡Ay, Madre del alma! mi ganado se pone en marcha, y no tendré más remedio

que dejarte con la palabra en la boca, que es gran pena para mí.

LA MADRE.—No te apures, hijo. Siéntate. Deja que salga tu rebaño. Ni Sancho ni los demás pastores y zagales notarán tu ausencia. Yo te llevaré á donde les encuentres...

TARSIS.—Sin juramento podrás creerme que mejor estoy contigo que junto á Sancho y sus ovejas, y si luego me llevas en volandas á donde ellas estén mañana, bien podré exclamar con toda el alma: "¡Encantado!"

LA MADRE.—Pues te decía que la maravilla de tu paso de un vivir á otro se debió á un oficioso entusiasmo de tu amigo Pepe Augusto Becerro, que quiso demostrarte con desusada pompa y ruido su afecto y su gratitud. Tiempo há que practicaba la magia. No te asombres, Gil, si te digo que entre la magia y la erudición existe un entrañable parentesco: ambas artes toman su savia de la antigüedad remota. El erudito devorador de archivos se embriaga del zumo espirituoso contenido en los códices, y acaba por poseer el don de suprema alucinación, de penetrar en el alma de las cosas y de sojuzgar el mundo físico. En el profundo estudio que hizo Becerro de los libros de Caballería, llegó á sorprender el intrínquilis magnético de las *Urgandas* y *Merlines* y el dinamismo prodigioso de *Madanfábul*, de *Famongomadán* y otros apreciables gigantes. Metido luego en el laberinto del Marqués de Villena, visitó el interior de sus redo-

mas, y en ellas y en podridos pergaminos aprendió mil sutilezas. Yo te lo diré sin reparo: aunque soy tan vieja, mejor dicho, aunque en antigüedad no me gana nadie, siento poca simpatía por la erudición secamente erudita, quiero decir, por el saber de menudencias que maldito lo que interesan á la humanidad viva. A pesar de esto, las leyes de mi existencia me obligan á transigir hasta con los maniáticos, y á pasar algunos ratos en los archivos polvorosos y en las acartonadas academias... Y más de una vez he tenido que recurrir al sabio para que viniese en auxilio de mi memoria, que en el correr de tantos años y siglos suele flaquear y obscurecerse. "Pepito — le pregunto. — ¿En qué fecha vino Julio César á España por tercera vegada?," Y él me lo dice gustoso, y me cuenta después que traía la calva remediada por un gracioso artificio de su corto caballo. Otro día me cuenta que Sertorio se afeitaba solo, y que á Perpena le molestaban los sabañones.

TARSIS.—Yo también he sido benévolo con Becerro y he soportado sus ataques de erudición. Yo le favorecí cuanto pude ayudándole á mantener la caterva de sus hermanas, cuyo número se perdía en la obscuridad de las matemáticas. Raro era el día en que no estaba una de cuerpo presente ó sacramentada.

LA MADRE. (Risueña.)—Entiendo yo que eran como figuras emblemáticas de las épocas históricas: edad céltica, edad fenicia, grie-

ga, romana, período gótico, ciclos astur, leonés, castellano, arábigo-castellano y castellano-aragonés, etcétera, etcétera. Las he conocido y he tratado de contarlas, reduciendo á cifra la innumerabilidad y catálogo de las fantásticas hembras, hermanas de nuestro amigo. La muerte aparente de una traía la emergencia de otra. No se alimentaban; salían á los espacios como seres alados y volvían con un granito de cañamón en el pico para alimentar al hermano. Hoy, según creo, todas se han muerto y todas viven. Son seres engendrados por el espíritu de la erudición, de la ciencia del ocioso investigar infecundo... Pues estas magas, brujas ó como quisieras llamarlas, fueron las que, bajo la dirección de Becerro, organizaron el teatral aparato que te causó tanto asombro. Me opuse; hace tiempo que me habían los actos ceremoniosos, y me incomoda el verme representada con los atributos de que tan ruín abuso se ha hecho en las cabece-
ras de los mapas, y en las etiquetas de la industria. Yo dije al gran Becerro: "Pepito, no me saques en mojjiganga." Pero él no me hacía caso; estaba loco: á todo trance quería glorificarme y glorificar á su amigo Tarsis, y ya viste la brillante, la estrepitosa farándula que armó. Como empresario de pompas teatrales, á los vagos espíritus de sus hermanas dió hechura de moza-
rronas celtíberas, de pierna desnuda y andadura selvática, y á mí me hizo desfilas entre claridades como bengalas... Notarías

que iba yo sofocando la risa. Era que me hacía mucha gracia ver á Pepito convertido en león... león apócrifo, ya lo comprenderías por su facha. Al mío, á mi auténtico león heráldico, que hace tiempo anda bastante achacoso y desmejoradillo, le he mandado al Atlas para que se reponga con los aires nativos.

TARSIS.—Pues aunque yo estaba en aquel momento bastante asustado y sin ganas de broma, me reí un poco de la facha leonina de Pepe Augusto.

LA MADRE.—El abuso de las pompas rituales es uno de mis mayores suplicios en la época presente. Si he de decirte la verdad, vivo en continuo desacuerdo con mis hijos. Así los que dirigen mi nacional catarro, como la turbamulta gregaria que se deja dirigir, viven en un mundo de ritualidades, de fórmulas, trámites y recetas. El lenguaje se ha llenado de aforismos, de lemas y emblemas; las ideas salen plagadas de motes, y cuando las acciones quieren producirse, andan buscando la palabra en que han de encarnarse y no acaban de elegir... No sé si me entenderás...

TARSIS.—Sí, Madre: tú quieres decir que... Vamos, que... en fin, que todos tus hijos somos unos grandes badulaques...

LA MADRE.—No tanto.

TARSIS.—Que no servimos para nada.

LA MADRE.—No, hijo: servís para todo... Excelentes músicos hay entre vosotros; pero raro es el que toca el instrumento que

sabe, y armáis unas algarabías que me vuelven loca. Vivís en ciega ignorancia de las verdades fundamentales, y... (Advirtiéndome que se agolpan mujeres, hombres y chiquillos en las inmediaciones de la fuente.) Más gente hay aquí de la que solemos ver en sitio tan solitario. Como día de fiesta, estos infelices vienen aquí á solazarse... Y por allá veo venir la banda de música con sus abollados trompetones... Aunque no me importa que nos vean, alejémonos, hijo, de esta bullanga. (Se levanta.)

TARSIS.—Vámonos, Madre, á donde quieras... (Dirigense por calles tortuosas; salen del pueblo. Encuétranse frente á un camino de áspera pendiente.)

LA MADRE.—No te asuste este reventón, terror de los caminantes. Coge un borde de mi velo ó un pliegue de mi halda, y déjate llevar.

TARSIS. (Maravillado de ver que sin cansancio salvan en un periquete la ruda cuesta, y prosiguen con pasmosa velocidad bordeando un alcor poblado de viñas.)—Ahora comprendo, señora mía, que no serías quien eres si no tuvieras el don de recorrer con paso milagroso los escalonados vericuetos de tu inmenso trono. ¡Y cuánto me place y enorgullece correr en tu compañía, salvando increíbles distancias y escalando pedregosas alturas! Voy de asombro en asombro. Por la derecha he visto correr, en menos que lo digo, tres aldeas. Por la izquierda se abrió un abismo, en cuyo fondo he visto verdeguear un fresco valle, y otro y otro, separados por

picachos, en cuya cima se alzan castillos que, aun en ruínas, amenazan con sus moles orgullosas... Caseríos y torres de iglesias y monasterios arrumbados se hundén, mientras nosotros ascendemos, y corren en dirección contraria los montes arropados en tupidos pinares. Las águilas apresuran con espanto su vuelo, y hasta las nubes creo que se apartan para dejarte libre el paso, y ante tu majestad se humillan.

LA MADRE. (Sin la menor alteración en su aliento.)— Parémonos aquí. Esta es la sierra de San Leonardo en su más alto caballete. Vuelve hacia atrás la vista, y alcanzarás á distinguir mi valle del Duero. Tú no podrás ver lo que veo yo; no verás mi amada Clunia, hoy lugar humilde que llamamos Coruña del Conde. Esa que fué ciudad romana próspera y bella, guarda recuerdos dulcísimos de mi infancia. En ella estuve cuando la gobernaba Poncio Pilatos... Si esto es dudoso para algún sabio regañón, para mí no lo es... Era yo una chiquilla sin juicio y jugaba con las niñas de Pilatos, poco antes de que fuera trasladado al Gobierno de Judea. Yo le ví partir con toda su familia, harto mohíno de abandonar mi tierra, de dulce vivir y pacíficos moradores. ¡Quién pudo pensar que en su nuevo Gobierno había de intervenir con desdichada pasividad en el sacro misterio de nuestra reparación! ¡Pobre Clunia! Ya no eres más que un montón de polvo que vuelven con sus narices, á manera de gan-

chos, los traperos de la erudición... Si tu vista no alcanza, no te canses, Gil: mira con la fantasía, y vente más allá conmigo, hasta los picos excelsos de Urbión, donde verás sin esfuerzo partes muy gloriosas de mis estados. Ven: agárrate á mi velo.

IX

Continúa el coloquio entre Gil
y la Encantadora.

TARSIS.—¿Me llevas al cielo?

LA MADRE.—Te llevo conmigo á los más altos escalones de mi trono, desde donde veo el antaño y el hoy. En esta eminente altura domino la grandeza de mis estados, y la considerable dimensión de los tiempos. Ayer y hoy se juntan bajo una sola mirada, y las penas que fueron se funden con las penas que son. (Las águilas, que antes huían asustadas, al ver á la Madre en el picacho más enhiesto de Urbión, suben en bandadas, y sobre y en torno de ella trazan con su vuelo inmenso círculo.)

TARSIS.—El aire que aquí respiramos, ¿no es el aire del primer día del mundo? Su diaphanidad, su pureza y frescura, dan vida nueva y potente á mi espíritu enfermo, envejecido.

LA MADRE.—Si tus ojos otean como los míos á distancias enormes, sácialos en esa inmensidad que tendrás delante volviéndote de